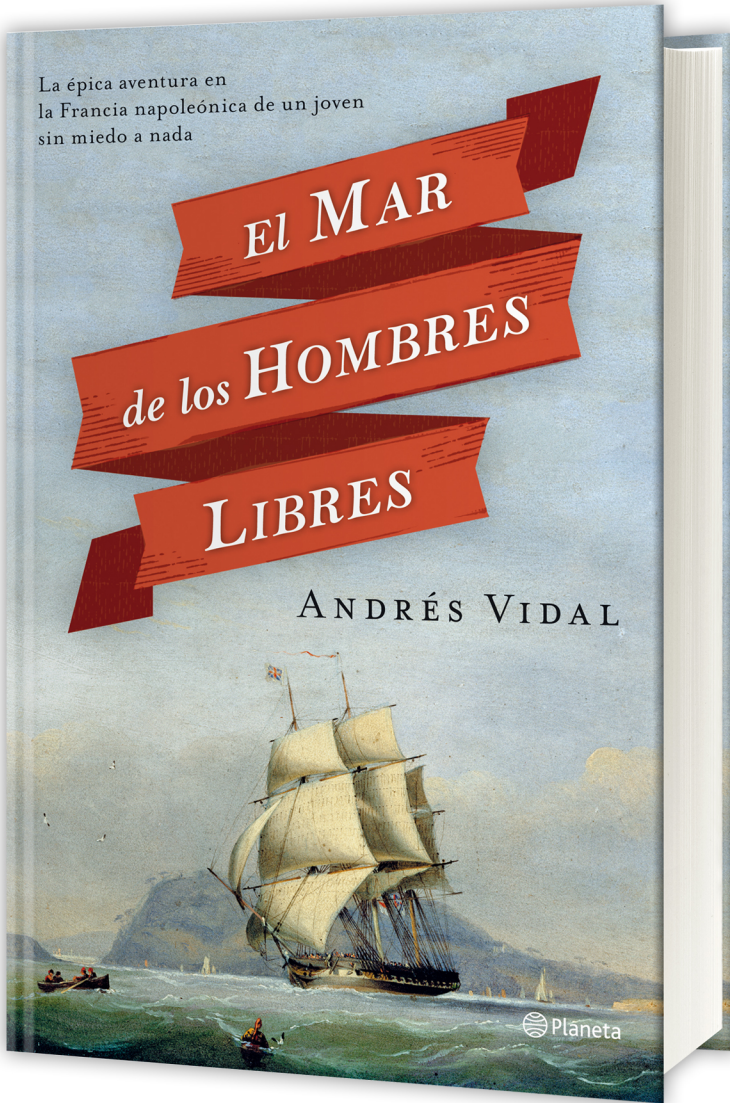


Fragmento

El mar de los hombres libres

Andrés Vidal



En la Francia de Napoleón, un joven se convertirá en la voz del pueblo y se levantará para defender el honor de toda una nación.

Andrés Vidal

El mar de los hombres libres

 Planeta

PRÓLOGO

*En las afueras de Veyrac, Languedoc,
primeros de julio de 1778*

La luna creciente brillaba con fuerza en el cielo. Abajo, el polvo que levantaban las ruedas del carro apenas se distinguía en la tenue penumbra. Hacía todavía mucho calor y por ello las ventanas de las casas permanecían abiertas. La noche amparaba como una madre yerma y seca el cercano pueblo de Veyrac. El conductor del carro se cubría con una capa oscura, aunque no parecía interesado en protegerse de frío o lluvia algunos, sino en que su rostro quedara medio oculto.

Sobre la caja del vehículo una mujer se hallaba sentada con un bulto precioso entre los brazos. Levantó su esbelto brazo para que el conductor detuviera la marcha.

—Es aquélla. —Señaló una humilde casa aislada situada en un llano cerca de unos huertos.

—No tardes —susurró el conductor, nervioso.

La mujer se bajó del carro poco a poco, con cuidado de que no se le cayera lo que sostenía con delicadeza. Con pasos cortos y rápidos, se acercó a la casa. El hombre, desde el

pescante, contempló cómo la rodeaba hasta que la perdió de vista.

Le vinieron unas ganas terribles de encender su pipa y fumar, pero tuvo miedo de que alguien viese la lumbre y se preguntara qué hacía allí. Deseó que acabase de una vez, que fuese todo rápido, y así volver cuanto antes al campamento. Allí, al menos, estaban todos juntos, sentía el calor y la compañía de los demás, esa protección mutua que se dan aquellos que se han visto obligados a habitar los márgenes del camino, a no pertenecer a un hogar, a ser temidos y despreciados, odiados y perseguidos, a buscar el aplauso y la burla; a la vida propia de los titiriteros.

Miró de nuevo la casa. Le pareció oír que conversaban, el bisbiseo propio de las medias palabras. Pensó que si él tuviese una familia, un lugar como aquél donde guarecerse, dejaría de lado esa vida nómada. Pero de forma inmediata decidió no decirle nada a ella. No mientras fuera la escogida del jefe. Bastante tenía con sobrevivir.

Cuando la tensión comenzaba a ganar terreno, la figura de ella apareció tras la casa. Sus amplios faldones ocultaban los pequeños pies como si fuera un espíritu, una ánima en pena. Se subió al pescante por fin y un brillo de diamantes relumbró en su fino rostro de porcelana: estaba surcado de lágrimas.

El hombre guardó un silencio respetuoso. Le permitió una última mirada a la casa y, cuando ella escondió sus ojos en el pañuelo de encaje, agitó las riendas para poner el caballo en marcha.

Ya en el camino, entre las sutiles sombras opacas de la noche, bajo un cielo estrellado y mudo, a la mujer se le escapó un murmullo doliente, feroz: «Juro que volveré, hijo mío. Como me llamo Chloé Laroche que un día volveré a por ti.» Después enmudeció y su mirada se diluyó

en el dolor. El conductor se limitó a prestar atención al camino mientras los ojos claros de ella atisbaban el cielo en busca de una señal que confirmara ese día en que pudiera volver sin esconderse, a la luz del luminoso sol que bañaba siempre la región conocida como el Mediodía de Francia.

I

LIBERTAD

ÉDITH O LA DICHA DEL ANÍS

Capítulo 1

Loupian, Languedoc, abril de 1789

Christophe Marchand era un niño de once años. Acostumbraba ayudar a sus padres en la panadería. Ese día le habían obligado a madrugar. Al romper el alba, su madre le había despertado. Con una rebanada de pan recién hecho y, todavía con las sábanas marcando sus estrías en la cara, le acababa de enviar a la calle cargado con el gran saco de esparto del pan de los Basset. El de los sirvientes era negro y prieto, muy denso, por estar hecho de centeno, y entreveradas en su miga se podían distinguir las cáscaras del cereal. Separado del anterior en otro saco más pequeño, también llevaba el pan para los señores, blanco, dorado y tierno, cubierto de harina de trigo. Su olor era más dulce; su textura, más esponjosa. No era usual ver aquel pan en los tiempos que corrían. Demasiado refinado, demasiado costoso y un despilfarro de grano para el período de escasez que les estaba tocando vivir.

El calor del pan sobre los riñones se convertía en un consuelo para el resto del cuerpo, cubierto con viejas ropas de lana. Apenas comenzaba el mes de abril y todavía las noches eran frescas.

Pronto tendría que dejar la escuela para ponerse a tra-

bajar en el obrador a tiempo completo. Pero la inocencia de la infancia impedía los pensamientos de futuro que no fuesen sueños. Christophe se entregaba a la imaginación, a soñar con otros lugares, con tierras remotas y habitantes fantásticos, sueños que lo sacasen de la vida convencional y en ocasiones anodina de Loupian, el pequeño pueblo en el que habitaban él y su familia.

Tras unos pocos minutos andando, llegó a la gran casa de los Basset, situada tras la iglesia de Saint-Hippolyte, en el centro del pueblo. Admiró unos instantes la gran construcción de piedra. Su madre le había advertido con insistencia de que acudiese a la puerta de servicio, en la parte de atrás, y esperase educado a que le abrieran tras llamar una vez. Lo decía con otras palabras, pero se lo había repetido tantas veces que Christophe entendió a la perfección el mensaje: mostrarse sumiso, hacer todo lo que le indicaran, no hablar si no era necesario.

Se alisó el pelo castaño claro que su madre le había peinado y notó cómo un rizo rebelde desmontaba el entramado de líneas paralelas. Se volvió a pasar la mano con insistencia, pero comprendió en seguida que ya no volvería a quedar bien. Tiró de la cuerda que halló a un lado de la entrada y esperó. No estuvo seguro de haberlo hecho con suficiente fuerza, puesto que no oyó ningún sonido. Dudó si repetir el gesto, pues tampoco quería quedarse allí como un pasmarote. Después de jugar un minuto con una de las pocas piedras de aquella calle, volvió a estirar con fuerza de la cuerda y de repente las bisagras chirriaron.

—¿No puedes esperar o qué?

Alexandre, el primogénito de la familia Basset, apareció tras la alta hoja de madera oscura y labrada. En su mirada había algo que Christophe no supo si era molestia, enfado o rabia. Llevaba una levita negra y una camisa blanca

con corbatín. Parecía mucho mayor que él, aunque sólo tuviera un año más.

—Perdón. Pensé que... la primera vez no había sonado —balbuceó Christophe.

Por un momento pareció que ambos chicos se limitaban a valorar lo extraño de ese encuentro.

—Entra, que me congeló —ordenó por fin Alexandre.

Ya en el interior, Christophe se sintió intimidado. Traspasaron el zaguán de entrada y llegaron a la cocina. El espacio de altos techos contenía las líneas rectas de las vigas de madera que contrastaban con las de su casa, nudosas e irregulares. Todo estaba repleto de alimentos en perfecto orden. Los quesos, apilados en estantes; los brillantes tarros con piezas enteras de fruta confitada; las frutas secas, al lado de las anteriores, arrugadas y feas, asomaban en sus cajones perladas de miel; los barriles todavía sellados con pez contenían el pescado en salazón; los embutidos colgando de sus ganchos condensaban una gotita ambarina en su extremo... Christophe se deleitaba con las sensaciones que todos esos productos le iban dejando y trataba de asimilar los aromas de cada uno de ellos, sus colores, sus brillos, y los retenía en la memoria como si guardarlos en un rinconcito de su mente le sirviera de hechizo para evocarlos en un futuro y disfrutarlos dentro del pan que hacía su familia. Esa imagen le provocó un sobresalto y recordó de repente a qué había ido allí. Descargó el saco con los panes y lo dejó apoyado en la pared, cerca de la chimenea. Se frotó las manos para entrar en calor.

—Espera aquí. No toques nada —mandó Alexandre. Y desapareció por una puerta.

Alexandre mantenía una relación especial con los niños del pueblo. No acudía a la escuela, sino que tenía un profesor particular. Su padre, Hippolyte Basset, era quien

se ocupaba de gestionar los ingresos de la Fermé Generale para la zona del Hérault. Aunque no era uno de ellos, estaba muy bien relacionado en los círculos nobles, y la influencia y la posición económica de los Basset eran conocidas en la comarca. La mayoría de los críos envidiaban a Alexandre sus clases de esgrima, sus excursiones a caballo, su indumentaria siempre limpia, esa despensa que crecía de boca en boca hasta dimensiones pantagruélicas... Todo era de primera calidad y, en un pueblo tan pequeño, eso creaba un abismo entre él y los demás, algo que a Alexandre Basset no le molestaba lo más mínimo. Es más, parecía disfrutarlo.

Volvió jugueteando con una bolsa de cuero en la palma de su mano. Se sentó en una silla alta que quedaba junto a la robusta mesa y lanzó el dinero encima. Christophe se quedó inmóvil, en silencio. Esta vez no le pasaría lo mismo. No se mostraría impaciente. Alexandre Basset se limitó a mirarlo. Tenía unos ojos castaños profundos y afilados. Pese a su juventud, la nariz recta perfilaba unos rasgos duros. El aire elevado y de superioridad le concedía una especie de posición de prestigio. Cada vez que participaba en los juegos que se organizaban entre los muchachos de la pandilla, él conseguía ser quien daba las órdenes, y los demás le obedecían aun cuando se hubieran propuesto de antemano resistirse. La situación privilegiada de su familia enojaba a Christophe y le empujaba a enfrentarse a Alexandre como un animal acorralado, herido en su amor propio, que busca la única salida posible empujado por una naturaleza irredenta.

Para cuando Alexandre abrió la boca, Christophe ya sabía que todas aquellas pequeñas rebeldías le iban a pasar factura antes de poder volver a casa. El joven Basset inició una leve sonrisa y entonces habló, con fuerza pero comedido, con firmeza aunque sin rastro alguno de agresividad. No cabía negarse a lo que demandara.

—Tú quieres cobrar tu pan, pero las cosas no siempre son fáciles. Has venido pronto en la mañana y me has despertado —mintió.

—No era mi intención —respondió rápido Christophe.

—Ya, pero lo has hecho. Precisamente hoy que el servicio está en el entierro de la madre de no sé quién y que mis padres asistieron anoche a una recepción en Montpellier y no están en casa. Qué mala suerte, ¿verdad?

Christophe se encogió de hombros. La última vez que se vieron, le ganó en todos los juegos y Alexandre juró devolvérsela.

—Creo que para que puedas cobrar —continuó el joven Basset—, aún me debes algo. No es justo que yo tenga que pagar por tu pan y tú no me compenses de ninguna manera por las molestias.

—Pero yo no puedo...

Alexandre no le dio oportunidad de continuar.

—Tranquilo, no te lo descontaré del precio del pan, aunque debiera. Me contentaré con algo más...

Christophe pensó en su madre regañándole por haberse metido en líos.

—...con algo más natural —concluyó.

Christophe improvisó una disculpa para evitar males mayores, aunque no pensaba que hubiese hecho nada:

—Perdona si te he molestado. De verdad que no era mi intención...

—No me refería a eso —contestó Alexandre—. Veo que te cuesta entender. Sólo hay una cosa que pueda desear de lo que tú posees. Y me voy a quedar con ella. —Alexandre hizo tintinear las monedas, soltó de nuevo la bolsa encima de la mesa y la entreabrió. La dejó a su alcance, como si quisiera retarle a que cogiera el dinero.

Ni sabía qué podía ser aquello que él tenía ni se atrevía

a preguntarlo. Todo lo que decía parecía sentar mal a Alexandre. Si su madre pretendía que lo de llevar el pan a los Basset fuese una costumbre a partir de ese momento, prefería las regañinas.

—He visto que te gusta lo que tenemos por aquí.

Alexandre se levantó y empezó a caminar por la cocina, deteniéndose en los alimentos, como si los estuviera revisando.

—Tú pasas hambre, ¿verdad? —preguntó directo.

Christophe negó con la cabeza aunque no pudo evitar tocarse el estómago. Recordó que sólo había comido una rebanada de pan, y ya era mucho más de lo que conseguían otros.

—No te avergüences, mi padre dice que todo el mundo pasa hambre, que esto no puede aguantar mucho así. Bueno, todo el mundo no, ya ves que nuestra despensa está bien surtida. —Reculó unos pasos hasta llegar a los embutidos—. Ven hacia aquí.

Christophe alargó unos tímidos pasos hasta donde se encontraba Alexandre, que acababa de descorrer una cortina. Levantó la vista hacia el interior del cubículo y en la oscuridad pudo vislumbrar gran cantidad de piezas de carne, perdices, conejos, más embutidos...

—¡Qué delicia sería comer ese pan blanco con alguna de estas viandas! ¿Verdad que sí? —exclamó Alexandre poniendo un adorno innecesario a la imagen que tenían ante los ojos.

Christophe respondió con un breve asentimiento. Poco a poco, la confianza iba volviendo de nuevo y su mirada huidiza era ya más sosegada. Con el olor del ahumado y del pimentón en sus fosas nasales, alzó de nuevo la vista en la penumbra y anotó mentalmente el brillo de las gotitas de grasa, refulgentes como escarcha anaranjada.

—¿Tienes hambre ahora? —preguntó de repente Alexandre.

Christophe volvió la vista hacia él. Movi6 de modo casi imperceptible las cejas, cosa que motiv6 la sonrisa del joven Basset. Una sonrisa extraña. No se podría decir que fuese cruel, pero sí que poseía algo insano, como una mueca a destiempo o el juguete de un niño en un funeral.

Le indic6 que se sentara a la mesa, justo al otro lado del dinero.

—Espera un momento —dijo cuando Christophe se sent6.

Alexandre se agach6 como si buscara algo en un rinc6n y apareci6 con un cubo de madera. No se veía su contenido pero de él salía una especie de murmullo. Dej6 el cubo a un lado, sobre la mesa, y cogió una moneda. La sostuvo y la hizo girar entre sus dedos, dirigiendo la mirada persistente hacia Christophe, que se había sentado con unas esperanzas que ahora estaba volviendo a poner en duda.

—Mira, estos diez *sous* son lo que costaría un pan en condiciones normales, pero como has llamado a destiempo y has estado husmeando por toda la cocina te los tienes que volver a ganar.

—Yo no he hecho nada de eso.

—¿Cómo que no? Si incluso te has disculpado antes.

—¿Yo? Bueno, sí, pero fue porque pensaba... —Christophe se dio cuenta de que había caído en la trampa. Estaba reconociendo que no se había disculpado con honestidad. Esper6 en silencio a ver cuál sería la prueba.

—Bien, ¿ya está? Entonces sigo: eso que tú tienes y que me debes es tiempo, el tiempo de placer que me has robado despertándome antes de hora. Así que, para ser justos, debes pasarlo mal, como yo.

Alexandre se levantó, llevó la moneda hasta el cubo y la sumergió en el rumor que a Christophe le parecía amarillo y sucio, denso como un enjambre. Cuando la levantó de nuevo, un caracol estaba enganchado a la cruz y movía sinuoso la cabeza, con los cuernos viscosos dilatados, buscando. De la moneda y los dedos de Alexandre se estiraban unos hilos que todavía lo unían al cubo. Acabó de retirar la mano y puso la moneda frente a la cara de Christophe.

—Cómetelo y podrás quedarte la moneda.

Christophe articuló una sonrisa incrédula. Luego se le heló la mueca y comprendió que la afrenta iba en serio. Alexandre se volvió a sentar y dejó el caracol sobre la mesa. Con parsimonia fue cogiendo las otras monedas una a una y se las guardó en el bolsillo de la levita. Luego dijo:

—Ten cuidado. Si eres muy brusco, se asustará y se esconderá en su concha.

El caracol inició una marcha lenta, exasperante, hacia el borde de la mesa. El silencio era algo sólido y ambos miraban al molusco resbalar con lentitud.

Christophe sentía el rumor dentro del cubo con una persistencia dolorosa. Cogió el animal de la mesa y sorbió el contenido con fuerza. Trató de no masticar. Cuando acabó, una náusea terrible le llegó a la garganta y le empujó una lágrima hacia fuera. Alexandre le lanzó la moneda, que le golpeó en la frente y le hizo daño. El asco no le dejó reaccionar a tiempo. Se agachó y recogió los diez *sous* de debajo de la silla. Cuando se levantó y miró por encima de la mesa, Alexandre sostenía ya otra moneda que retenía un caracol encima como si fuera una cuchara.

—Son caracoles de los viñedos, de los más grandes. Pero come, come, no te distraigas.

Christophe lo cogió, ya no tan decidido como la primera vez. Después de tragar, sus ojos se volvieron a humedecer

por la náusea y la rabia. Recogió la segunda moneda y se levantó como un resorte, dispuesto a pelear.

—Ah, estás aquí, hijo mío. —La puerta que conducía a la vivienda se abrió y apareció un hombre vestido con una elegante casaca de terciopelo, peluca de bucles empolvada y medias de color salmón—. Veo que estás hablando con un amigo.

Alexandre lamentó la interrupción pero ni siquiera torció el gesto; sonrió a su padre y se volvió falsamente solícito hacia Christophe, que estaba rojo de rabia.

—Sí, ya se iba. Nos ha traído el pan y estábamos charlando un poco.

—Muy bien, hijo. Recuerda que no debes hacer esperar a monsieur Fournier.

Alexandre metió las monedas que faltaban en el bolsillo de la chaqueta de su amigo. Le miraba a los ojos y sonreía. Tras unos golpecitos en el hombro, se alejó con su padre.

Christophe los observó desaparecer por la puerta mientras oía el ruido de la conversación sin que su cerebro fuera capaz de discernir lo que hablaban. En la calle respiró ansioso el aire frío. Aferró las dos monedas que todavía tenía en la mano y buscó en el bolsillo de su chaqueta de lana las otras. Al apretarlas, notó un crujido extraño, como de vidrios rotos. Extrajo la mano y en ella, mezclado con las monedas, agonizaba un caracol rebozado de trocitos de concha. Lo cogió con cuidado con la otra mano mientras una angustia imparable le atenazaba el estómago y le llegaba a la garganta. Una sirvienta de la casa vecina le echó de allí a escobazos mientras Christophe intentaba sin éxito tapar el vómito con las manos.

Capítulo 2

El corto camino hacia su hogar se le hizo eterno con los restos de esa mezcla repugnante en el estómago, subiendo y bajando con cada zancada. El graznido de una gaviota lo acompañó desde las alturas justo cuando entraba en la panadería. Con el olor amable y conocido del horno el regusto viscoso de los caracoles empezó a disiparse. Por su frente descendían ahora gotas de sudor.

Tuvo que abrirse paso entre las pocas personas que esperaban ser atendidas ante el mostrador. Quería contarle a su madre lo que Alexandre le acababa de hacer. Sólo de recordarlo sentía una rabia profunda que se le cuajaba en la garganta y, por momentos, parecía impedirle el habla.

—Madre —susurró Christophe ya junto a Lilianne tras el mostrador. Estaba impaciente.

—Toma tu pan, Denise. Esta hogaza está bien llenita, a Pierre le gustará.

Los ojos redondos y oscuros de Lilianne se hundían en su rostro angulado. Se pasó la mano por el pómulos para retirarse un mechón de pelo rebelde, moreno. Un araño de harina tan macilento como su piel quedó dibujado al instante.

—Si al menos pudiese oírte... —Dejó sobre el mostrador las monedas justas. Era una mujer casi de la estatura de Christophe, todo piel y huesos—. Pierre está siempre tan cansado que casi nada le pone ya de buen humor. —Luego desapareció tras la puerta.

—Madre —interrumpió Christophe. Cogió a Lilianne del brazo, que esta vez se volvió hacia él un momento. Pero otro cliente esperaba.

—Deme dos —dijo un hombre serio y apocado.

—Ahora no puedo atenderte, Christophe. Ve adentro y límpiate las manos, que te tocará hacer otro recado. Y de ahí te vas a la escuela. Venga, que Vincent te está esperando.

Lilianne se volvió hacia los clientes y continuó sirviendo con una sonrisa. Christophe se adentró en la trastienda tal como le había ordenado su madre, hacia la puerta que daba acceso al obrador. No le había hecho ni caso. Quizá su padre...

François Marchand se hallaba encorvado sobre la mesa dando forma con ambas manos a una porción de espesa pasta. Las hundía en la masa de harina, levadura, agua y sal y batallaba para conseguir la textura perfecta. El cuello de su padre, sudoroso, se unía a la barbilla mediante una generosa papada. La masa debería reposar horas antes de entrar al horno. Con firmeza y precisión, desgajaba porciones que manipulaba hasta darles una forma ovalada y después colocaba en una amplia bandeja de hierro ennegrecido. Cuando tuvo la bandeja llena, cogió un cuchillo y cortó en forma de cruz la superficie de todas las futuras hogazas, agrietando esa capa hasta entonces tersa. Todo lo hacía rápido, con habilidad experta. Su rostro estaba encendido por las altas temperaturas. El horno rezumaba calor a su espalda.

Cédric, el hermano mayor, le ayudaba. Contaba dieciocho años. Era igual de alto que el padre, de espaldas anchas y manos que a Christophe le parecían gigantescas. Más bien callado y poco dado a la risa, su mundo se reducía al obrador y el trabajo diario. Él y su padre estaban concentrados en sus tareas y Christophe no sabía cómo comenzar su historia.

—¿Qué miras? —le preguntó Cédric—. Ése es el saco para Jean-Michel, ¿de acuerdo?

—Madre me ha dicho que me lave las manos —replicó tentado de enseñarle el puñado de monedas llenas de babas que estaban en su bolsillo.

Quizá si las vieran le preguntarían qué le había pasado y podría contarles lo ocurrido. Pero no encontró la manera entre tanta actividad: su padre cogió la larga pala para introducir otras bandejas en el horno, bien adentro, y Cédric ya estaba en el corral, trajinando maderas y sacos de harina para repartir su contenido sobre los tableros. Espolvoreaba la levadura y preparaba una primera mezcla, antes de añadir el agua y el resto de ingredientes. Observándolo, se diría que no había un instante que perder.

Christophe traspasó la puerta lateral y entró en la cocina. No tenía nada que ver con la que había contemplado un rato antes en casa de los Basset. Allí estaban sus dos hermanas, Alice y Georgette, cosiendo junto a la mesa grande donde comían todos. Pese a que las ropas que llevaban estaban tan viejas y ajadas como las de Christophe, su porte estirado las hacía parecer unas auténticas señoritas de ciudad. Pasó por delante de ellas sin decir nada.

—¿No te han enseñado a saludar? —La voz de Alice, aguda y molesta, le hizo dar un paso atrás. Levantó su rostro de la labor y dejó a la vista su nariz ligeramente respingona, graciosa. Alice se sabía guapa y cada gesto denotaba su presunción.

—Es que madre me manda a un recado —dijo a modo de disculpa.

—Con esos modales no te harás un hombre nunca —le dijo burlona.

Christophe resopló. Las dos hermanas parecían existir para chingarle, para hacerle la vida un poquito más difícil si cabía.

Alice le miró con un gesto irónico prendido en el rostro

y luego se volvió a su hermana. Georgette, de ojos saltones y gran nariz, bajó la mirada para centrarse en la costura, sin consentir ni condenar, sin censurarla aunque sin dar la razón al pequeño. Su rostro, al contrario que el de su hermana, no había sido tocado por la diosa Afrodita. A pesar de sus diferencias, se entendían bien.

Continuó su paso hacia la puerta que daba a la alacena, donde guardaban la comida para la casa. Su abuela Édith estaba sentada pelando habas. Llevaba el cabello blanco recogido en un moño y tenía los ojos verdes, como Christophe. Le sonrió con dulzura al verle llegar. Édith siempre tenía esa sonrisa amable para todos y cada uno de los miembros de la familia. Habitaba ese espacio de la cocina, repleto de ollas y alimentos, de tarros y cucharones, platos ordenados uno encima del otro y cacillos colgados en la pared. A Christophe le encantaba compartir con ella todo el tiempo que podía. Le fascinaba lo fácil que le resultaba transformar unos pocos y sencillos ingredientes en un plato exquisito; cómo, a través de la magia de sus manos blancas y azuladas, los alimentos cobraban vida y llenaban los intersticios de su sensibilidad.

—¿Te ocurre algo, Christophe? —le preguntó la abuela. Lo conocía bien y sabía que algo le pasaba. Se paró en seco frente a ella y, sin levantar la voz, le explicó lo sucedido con Alexandre.

—Y luego, cuando vino su padre, me dio las monedas que faltaban pero sin darme cuenta me había metido otro caracol en el bolsillo. ¡Mire! —Christophe alargó la mano con las monedas pringosas—. Al salir de su casa he vomitado. —El estómago se le volvió a alterar—. He visto los trozos ahí en el suelo...

Édith dejó escapar un suspiro mientras cabeceaba muy seria. Se levantó de la silla y tomó las monedas, que envolvió

con un trapo. Las dejó sobre la silla y con el mandil le limpió las manos a su nieto. Luego cogió su cara con dulzura y dejó que él se apretase contra su pecho, buscando refugio.

—Si sigues recordando lo que te ha ocurrido vomitarás otra vez y te acabarás poniendo malo. Olvídate de Alexandre. Él se pasa el día solo. Imagínate tener una familia como los Basset... No me extraña que tenga ese mal carácter.

Para cuando regresó a su sitio, la cara de Christophe ya era otra. Ambos se volvieron hacia la puerta al oír unos pasos.

—¿Dónde te habías escondido? ¡Te he buscado por todas partes! —Vincent corrió hacia su hermano y se plantó frente a él. Colocó los brazos en jarras y le miró escudriñador—. ¿Qué te pasa? Tienes los ojos rojos.

Édith se alegró de que el pequeño de la familia estuviera allí ahora. Christophe y Vincent iban juntos a todas partes. Sus físicos eran bastante distintos: Christophe con su cabello castaño apagado, Vincent con esos mechones casi blancos de tan rubios y esos ojos azul transparente que miraban siempre traviosos. Le recordaba al difunto abuelo por su vivacidad, por su alegría desatada en ocasiones y su carácter impulsivo. A pesar de ser dos años menor que Christophe, era muy espabilado y la diferencia de edad apenas se notaba.

—No me pasa nada —respondió ya más aliviado. Le quitó el gorro a su hermano menor.

Vincent rió e intentó recuperarlo de las manos de Christophe, escondidas a su espalda.

—Oye, de camino a la escuela tengo que ir a dejarle el pan a Jean-Michel, ¿me acompañas?

—Sí, pero dame el gorro, ¡venga!

Ambos niños salieron al patio, saltando por encima de *Nuit*, la gata negra que tenían para espantar a los ratones y que trataba de colarse siempre en la casa buscando comida.

Édith levantó un momento la vista de las habas y sonrió al ver a sus nietos alegres de nuevo. Los chicos corretearon por el patio, con Christophe espoleando a su hermano.

—¡Vamos, vamos! Llegaremos tarde. ¡Hasta luego, abuela!

La mujer se quedó a solas; no le dio tiempo ni a devolver la despedida. Suspiró hondo. Aunque habían pasado once años, todavía le venía a la memoria la imagen de su hija Chloé en la casa de Veyrac, las ojeras profundas, amoratadas, de noches sin dormir e incertidumbre, llevando el precioso fardo entre sus brazos. Y la emoción de descubrirlo y contemplar esas pequeñas manitas que se movían inseguras, tratando de captar el nuevo aire de un lugar desconocido. Chloé no podía cuidarlo. Cuando salió de la casa, estaba pálida como la cera, vacía. Aquel bebé dejó de serlo y poco a poco, esas manitas pequeñas y rosadas fueron creciendo. La gente hablaba, maliciosa, y para protegerlo de los comentarios nunca le habían dicho quién era su verdadera madre. La fortuna de salir de Veyrac y ocuparse de la panadería de Loupian fue la oportunidad de ocultar la realidad a su conciencia. La promesa de compartir con él el misterio de su origen se iba postergando para un momento más oportuno, siempre demorado.

Édith sacudió levemente la cabeza y volvió a suspirar. Pensó en darse prisa con las habas y disponer de un poco de tiempo para preparar unas galletas de las que tanto gustaban a todos. De fondo se oían las voces de los vecinos en la pequeña tienda, el trasiego de François y Cédric junto al horno y los cuchicheos adolescentes de Alice y Georgette.

Días más tarde, el domingo 19 de abril, a casi doscientas leguas de allí, Chloé Laroche se incorporaba de su asiento

después de presenciar los santos oficios en la catedral de Notre-Dame. Con los ojos enrojecidos tras haber pasado la noche entre lágrimas, se santiguó antes de salir a los sucios y oscuros callejones de la isla de la Cité, rodeados por las aguas mansas del Sena. A pesar de haberse confesado y haber rezado con todo el fervor del que era capaz, se seguía sintiendo triste.

Los primeros años con la compañía de teatro itinerante fueron duros. Hubo hambre, durmió a la intemperie, se quedó atrapada con otros compañeros en remotas ciudades de provincias. Con más frecuencia de la deseada, el propietario de la compañía se daba a la fuga tras una noche de buena recaudación. Pero todo formaba parte de la aventura, del descubrimiento. Después de esos pocos años encontró trabajo en un grupo más profesional y estable, con un buen puñado de actores. Entró para sustituir a una actriz que había enfermado y terminó quedándose. El dueño de la compañía, un hombre de más de treinta años llamado Edmond, se prendó de ella. Ya Chloé le pareció que tocaba el cielo. Se dijo que, a sus veintiún años recién cumplidos, por fin lograba su sueño de llegar a París.

El destino quiso que se quedara embarazada de Edmond. Aunque no quería, acabó claudicando ante la insistencia de él y dejó al bebé con su familia, allá en el Languedoc, donde se criaría lejos de la insalubridad de París. Por aquel entonces era una práctica habitual, porque los niños tenían más posibilidades de sobrevivir en un entorno rural. Pensó que sólo serían unos años, cinco, seis tal vez, y que el tiempo pasaría rápido, que se afianzaría en París, que Edmond se casaría con ella y que podrían formar una familia y vivir en paz, como cualquiera con otra profesión.

Sin embargo, Edmond tenía otros planes. A los pocos meses, el interés decayó, y una nueva actriz, más guapa, más

joven, otra simplemente, llegó a la compañía. Torturada por los celos y el sentimiento de culpa, Chloé tuvo que volver a la carretera, a las provincias y al carromato. Las ilusiones parecían desvanecerse, pero cada noche su rostro se iluminaba bajo el sucio lienzo del telón y la penumbra de la representación. La ilusión del sueño seguía manifestándose bajo diferentes formas. Además, no podía volver a casa. No hasta que hubiese triunfado y su talento fuese reconocido en la capital.

A pesar de las dificultades, Chloé nunca dejó de enviar dinero a su hijo. Puntualmente, cada mes, aunque tuviese que aguantar sin comer.

Sabía por las cartas que desde hacía años recibía de su madre que su familia regentaba el horno de Loupian; con el poco dinero que tenían ahorrado, François pudo hacer valer que había trabajado allí de joven para convencer al dueño. Sabía que las cosas no iban del todo mal, que su hijo crecía rápido y estaba ya hecho todo un hombrecito. Recordó la amargura al leer que su hermana Lilianne y su marido bautizaron al niño como propio. Entendió las razones que Édith le explicó, pero aun así le dolió en el alma. Estaba segura de que daban por hecho que no iría a buscarlo, que su hijo se criaría por siempre allí, lejos de sus brazos. Desde entonces, la promesa que le hiciera a Édith aquella noche de verano se convirtió en una brasa ardiente, en un veneno que la espoleaba a seguir luchando y, al mismo tiempo, la consumía por dentro.

Y por eso, aguijoneada por la impotencia, por el dolor de su corazón encogido, se había dirigido a la catedral de Notre-Dame a pedirle a ese Dios que parecía tenerla olvidada que se apiadara de ella, que le diera fuerzas, que le concediera una última oportunidad para poder acudir a Loupian antes de que fuera demasiado tarde y así abrazar,

después de tantos años, a su hijo, a su amado y ausente hijo,
a su siempre querido Christophe.